

¿No es cierto que la fe es una opción personal y respetable ante la vida, pero que no es racional, sino que está relacionada sobre todo con los sentimientos religiosos de cada uno?

Conviene no confundir la fe con el «sentimiento religioso». Más precisamente, conviene evitar la reducción de la fe a mero sentimiento religioso. Son realidades que pertenecen a esferas distintas, aunque no absolutamente separadas.

Como el espacio asignado para responder es reducido, trataré de ilustrar el asunto en pocas pinceladas.

La fe es *conocimiento*, se sitúa en el plano de las certezas del ser humano, o sea, de los modos de llegar a un saber cierto sobre la realidad. Tiene una relación directa con la verdad (uno no cree en lo que sabe que es mentira), por lo que pertenece en buena medida, aunque no solo, a la inteligencia, a la razón.

El sentimiento, por su parte, reside en el plano de la *vida emocional*. Pertenece fundamentalmente a ese ámbito que designamos como «afectividad». Y, aunque se suele vincular la manifestación de los sentimientos con la «autenticidad» personal, su nacimiento no está relacionado de modo directo con el conocimiento de la verdad. Los

llamados sentimientos son más bien reacciones sensibles (del tipo: «me gusta», «me asusta», «me entristece», «me alegra», etc.), más o menos complejas, ante las variadísimas percepciones o impresiones de las que está llena nuestra vida.

Se podría decir que la fe es *asentimiento libre* de la persona ante una verdad que se le presenta como real y objetiva, pero que no es solo teórica, sino que interpela y a la vez atrae, inclinando a dar una respuesta de aceptación y acogida.

En cambio, el sentimiento es reacción subjetiva –en gran parte *automática* o espontánea y dependiente de la sensibilidad personal– ante algo que se percibe, sea «objetivo» o no, sea real o imaginario, importante o trivial. En buena medida esa reacción «se impone» a la persona: *no puede evitarlo*. Además, no necesariamente es proporcionada al motivo que la provoca: se puede sentir disgusto ante una realidad objetivamente buena; o gran enfado ante algo que «no es para tanto», o que «no es para tomárselo así»; o permanecer serio ante algo «muy cómico»; etc.

En ese sentido, cabe afirmar que el sen-

timiento es «irracional»: no obedece necesariamente a la verdad objetiva ni pretende certezas. También en ese sentido, es «incomunicable» (por ejemplo, nos produce cierta frustración –que, por cierto, es también un sentimiento, no necesariamente «correcto», pero real– si a alguien que nos importa no le gusta o no le emociona lo que a nosotros nos parece bonito o emocionante).

Creo que estos puntos de contraste pueden orientar para pensar un poco en el tema: más que de modo abstracto, tratando de sacar conclusiones prácticas para la vida personal, que es lo que ahora importa.

Porque está claro que los seres humanos somos complejos. No somos ni inteligencia pura, ni puras emociones. No somos ni solo cabeza, ni solo corazón. No es bueno que el corazón haga la función que corresponde a la cabeza, porque tienen funciones distintas, necesarias y no intercambiables. Por eso tampoco es bueno que la cabeza intente sustituir al corazón.

Lo propiamente humano es tratar de armonizar adecuadamente cabeza y corazón, sin prescindir ni de la una ni del otro, pero esforzándose por tender al orden verdadero en la propia vida.

No es imposible: nos ayuda la gracia de Dios. Y nos ayuda también la misma realidad, porque, como enseñan los filósofos desde la antigüedad, la verdad no es solamente verdadera, sino, por eso mismo, buena y bella, de modo que no solo habla a la inteligencia, sino simultáneamente a la voluntad y a la afectividad: a toda la persona, para que, desde su complejidad, pueda responder ante ella de manera equilibrada

y total. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
27-49; 153-160.

Jorge Miras